

aquí el desprecio ó la proscripción del sacerdocio, en donde esas ideas han echado raíces. El desprecio del sacerdocio se resuelve en todas partes en el desprecio de la Iglesia, y el desprecio de la Iglesia es igual al desprecio de Dios en todas partes.

Negada la acción de Dios sobre el hombre y abierto otra vez (en cuanto esto es posible) entre el Criador y su criatura un abismo insondable, luego al punto la sociedad se aparta instintivamente de la Iglesia á esa misma distancia: por eso, allí donde Dios está relegado en el cielo, la Iglesia está relegada en el Santuario: y al revés, allí donde el hombre vive sujeto al dominio de Dios, se sujeta también natural é instintivamente al dominio de su Iglesia. Los siglos todos atestiguan esta verdad, y lo mismo la da testimonio el presente que los pasados.

Descartado así todo lo que es sobrenatural, y convertida la religión en un vago deísmo, el hombre, que no necesita de la Iglesia, escondida en su Santuario, ni de Dios, atado á su Cielo, como Encélado á su roca, convierte sus ojos hacia la tierra, y se consagra exclusivamente al culto de los intereses materiales. Esta es la época de los sistemas utilitarios, de las grandes expansiones del comercio, de las fiebres de la industria, de las insolencias de los ricos, y de las impaciencias de los pobres. Este estado de riqueza material y de indigencia religiosa, es seguido siempre de una de aquellas catástrofes gigantescas que la tradición y la historia graban perpetuamente en la memoria de los hombres. Para conjurarlas se reúnen en consejo los prudentes y los hábiles: el huracán, que viene rebramando, pone en súbita dispersión á su consejo, y se los lleva juntamente con sus conjuros.

Consiste esto en que es imposible de toda imposibilidad impedir la invasión de las revoluciones y el advenimiento de las tiranías, cuyo advenimiento y cuya invasión son una misma cosa; como que ambas se resuelven en la dominación de la fuerza, cuando se ha relegado á la Iglesia en el Santuario y á

Dios en el Cielo. El intento de llenar el gran vacío que en la sociedad deja su ausencia con cierta manera de distribución artificial y equilibrada de los poderes públicos, es loca presunción é intento vano; semejante al de aquel que en la ausencia de los espíritus vitales, quisiera reproducir á fuerza de industria, y por medios puramente mecánicos, los fenómenos de la vida. Por lo mismo que ni la Iglesia ni Dios son una forma, no hay forma ninguna que pueda ocupar el gran vacío que dejan cuando se retiran de las sociedades humanas. Y al revés, no hay manera ninguna de gobernación que sea esencialmente peligrosa cuando Dios y su Iglesia se mueven libremente, si por otro lado la son amigas las costumbres, y favorables los tiempos.

No hay acusación ninguna más singular y más extraña que la que consiste en afirmar, por una parte, con ciertas escuelas que el Catolicismo es favorable al gobierno de las muchedumbres, y por otra, con otros sectarios, que impide el advenimiento de la libertad, que favorece la expansión de las grandes tiranías. ¿Dónde hay absurdo mayor que acusar de lo primero al Catolicismo, ocupado perpetuamente en condenar las rebeldías, y en santificar la obediencia como la obligación común á todos los hombres? ¿Dónde hay absurdo mayor que acusar de lo segundo á la única religión de la tierra que ha enseñado á las gentes que ningún hombre tiene derecho sobre el hombre, porque toda autoridad viene de Dios; que ninguno que no sea pequeño á sus propios ojos, será grande; que las potestades son instituidas para el bien; que mandar es servir, y que el Principado es un ministerio, y por consiguiente un sacrificio? Estos principios, revelados por Dios y mantenidos en toda su integridad por su santísima Iglesia, constituyen el derecho público de todas las naciones cristianas. Ese derecho público es la afirmación perpetua de la verdadera libertad, porque es la perpetua negación, la condenación perpetua, por un lado, del derecho en los pueblos de dejar la obediencia por la rebelión, y por otro, del derecho en los Príncipes de conver-

tir su potestad en tiranía. La libertad consiste precisamente en la negación de esos derechos; y de tal manera consiste en esa negación, que con ella la libertad es inevitable, sin ella la libertad es imposible. La afirmación de la libertad, y la negación de esos derechos, son, si bien se mira, una misma cosa, expresada en términos diferentes y de diferente manera. De donde se sigue, no sólo que el Catolicismo no es amigo de las tiranías ni de las revoluciones, sino que sólo él las ha negado; no sólo que no es enemigo de la libertad, sino que sólo él ha descubierto en esa misma negación la índole propia de la libertad verdadera.

Ni es menos absurdo suponer, como suponen algunos, que la religión santa que profesamos, y la Iglesia que la contiene y la predica, ó detienen ó miran con desvío la libre expansión de la riqueza pública, la buena solución de las cuestiones económicas, y el crecimiento de los intereses materiales: porque si bien es cierto que la religión no se propone hacer á los pueblos potentes sino dichosos, ni hacer á los hombres ricos sino santos, no lo es menos que una de sus nobles y grandes enseñanzas consiste en haber revelado al hombre su encargo providencial de transformar la naturaleza toda, y de ponerla á su servicio por medio de su trabajo. Lo que la Iglesia busca, es un cierto equilibrio entre los intereses materiales y los morales y religiosos: lo que en ese equilibrio busca, es que cada cosa esté en su lugar, y que haya lugar para todas las cosas: lo que busca, por último, es que el primer lugar sea ocupado por los intereses morales y religiosos, y que los materiales vengan después. Y esto, no sólo porque así lo exigen las nociones más elementales del orden, sino también porque la razón nos dice y la Historia nos enseña que esa preponderancia, condición necesaria de aquel equilibrio, es la única que puede conjurar y que conjura ciertamente las grandes catástrofes, prontas siempre á surgir allí donde la preponderancia ó el crecimiento exclusivo de los intereses materiales pone en fermentación las grandes concupiscencias.

Otros hay que persuadidos, por un lado, de la necesidad en que está el mundo, para no perecer, del auxilio de nuestra santa religión y de nuestra Iglesia santa, pero pesarosos, por otro lado, de someterse á su yugo, que si es suave para la humildad, es gravísimo para el orgullo humano, buscan su salida en una transacción, aceptando de la religión y de la Iglesia ciertas cosas, y desechando otras que estiman exageradas. Estos tales son tanto más peligrosos, cuanto que toman cierto semblante de imparcialidad propio para engañar y seducir á las gentes: con esto se hacen jueces del campo, obligan á comparecer delante de sí al error y á la verdad, y con falsa moderación, buscan entre los dos no se qué medio imposible. La verdad, esto es cierto, suele encontrarse y se encuentra en medio de los errores: pero entre la verdad y el error no hay medio ninguno: entre esos dos polos contrarios no hay nada, nada, sino un inmenso vacío: tan lejos está de la verdad el que se pone en el vacío, como el que se pone en el error: en la verdad no está sino el que se abraza con ella.

Estos son los principales errores de los hombres y de las clases á quienes ha cabido en estos tiempos el triste privilegio de la gobernación de las naciones. Volviendo los ojos á otro lado, y poniéndolos en los que se adelantan reclamando la grande herencia de la gobernación, la razón se turba y la imaginación se confunde al hallarse en presencia de errores todavía más perniciosos y abominables. Es una cosa digna de observarse, sin embargo, que estos errores, perniciosísimos y abominabilísimos como son, no son más que las consecuencias lógicas, y como lógicas, inevitables de los errores arriba mencionados.

Supuesta la inmaculada concepción del hombre, y con ella la belleza integral de la naturaleza humana, algunos se han preguntado á sí propios: ¿por qué, si nuestra razón es luminosa y nuestra voluntad recta y excelente, nuestras pasiones, que están en nosotros como nuestra voluntad y nuestra razón, no han de ser excelentísimas? Otros se preguntan: ¿por qué, si

la discusión es buena como medio de llegar á la verdad, ha de haber cosas substraídas á su jurisdicción soberana? Otros no atinan con la razón de por qué, en los anteriores supuestos, la libertad de pensar, de querer y de obrar no ha de ser absoluta. Los dados á las controversias religiosas se proponen la cuestión que consiste en averiguar por qué, si Dios no es bueno en la sociedad, se le consiente en el cielo, y por qué si la Iglesia no sirve para nada, se la ha de consentir en el Santuario. Otros se preguntan por qué, siendo indefinido el progreso hacia el bien, no se ha de acometer la hazaña de levantar los gozes á la altura de las concupiscencias, y de trocar este valle lacrimoso en un jardín de deleites. Los filántropos se muestran escandalizados al encontrar un pobre por las calles, no acertando á comprender cómo un pobre, siendo tan feo, puede ser hombre, ni cómo el hombre, siendo tan hermoso, puede ser pobre. En lo que convienen todos, sin que discrepe ninguno, es en la necesidad imperiosa de subvertir la sociedad, de suprimir los Gobiernos, de trasegar las riquezas, y de acabar de un golpe con todas las instituciones humanas y divinas.

Hay todavía, aunque la cosa parezca imposible, un error que, no siendo ni con mucho tan detestable, considerado en sí, es sin embargo más trascendental por sus consecuencias que todos éstos: el error de los que creen que éstos no nacen necesaria é inevitablemente de los otros. Si la sociedad no sale prontamente de este error, y si saliendo de él, no condena á los unos como consecuencias, y á los otros como premisas, con una condenación radical y soberana, la sociedad, humanamente hablando, está perdida.

El que lea el imperfectísimo catálogo que acabo de hacer de esos errores atroces, observará que de ellos unos van á parar á una confusión absoluta y á una absoluta anarquía; mientras que otros hacen necesario para su realización, un despotismo de proporciones inauditas y gigantescas: corresponden á la primera categoría los que se refieren á la exaltación de la libertad individual, y á la violentísima destrucción de todas las

instituciones: corresponden á la segunda aquellos otros que suponen una ambición organizadora. En el dialecto de la escuela se llaman socialistas en general los sectarios que difunden los primeros, y comunistas los que difunden los segundos: lo que aquéllos buscan, sobre todo, es la expansión indeterminada de la libertad individual, á expensas de la autoridad pública suprimida: y al revés, á lo que se dirigen los segundos es á la completa supresión de la libertad humana, y á la expansión gigantesca de la autoridad del Estado. La fórmula más completa de la primera de estas doctrinas se halla en los escritos de M. Girardin, y en el último libro de M. Proudhon. El primero ha descubierto la fuerza centrífuga, y el segundo la fuerza centrípeta de la sociedad futura, gobernada por las ideas socialistas, la cual obedecerá á dos contrarios movimientos: á uno de repulsión, producido por la libertad absoluta, y á otro de atracción, producido por un torbellino de contratos. La esencia del Comunismo consiste en la confiscación de todas las libertades y de todas las cosas, en provecho del Estado.

Lo estupendo y monstruoso de todos estos errores sociales proviene de lo estupendo de los errores religiosos en que tienen su explicación y su origen. Los socialistas no se contentan con relegar á Dios en el cielo, sino que pasando más allá, hacen profesión pública de ateísmo, y le niegan en todas partes. Supuesta la negación de Dios, fuente y origen de toda autoridad, la lógica exige la negación de la autoridad misma, con una negación absoluta; la negación de la paternidad universal lleva consigo la negación de la paternidad doméstica; la negación de la autoridad religiosa lleva consigo la negación de la autoridad política. Cuando el hombre se queda sin Dios, luego al punto el súbdito se queda sin Rey, y el hijo se queda sin padre.

Por lo que hace al Comunismo, me parece evidente su procedencia de las herejías panteístas, y de todas las otras con ellas emparentadas. Cuando todo es Dios y Dios es todo, Dios

es, sobre todo, democracia y muchedumbre: los individuos, átomos divinos y nada más, salen del todo, que perpetuamente los engendra, para volver al todo que perpetuamente lo absorbe. En este sistema, lo que no es el todo, no es Dios, aunque participe de la divinidad; y lo que no es Dios, no es nada, porque nada hay fuera de Dios, que es todo. De aquí ese soberbio desprecio de los comunistas por el hombre, y esa negación insolente de la libertad humana. De aquí esas aspiraciones inmensas á una dominación universal por medio de la futura demagogia, que ha de extenderse por todos los continentes, y ha de tocar á los últimos confines de la tierra. De aquí esa furia insensata con que se propone confundir y triturar todas las familias, todas las clases, todos los pueblos, todas las razas de las gentes en el gran mortero de sus trituraciones. De ese obscurísimo y sangrientísimo caos debe salir un día el Dios único, vencedor de todo lo que es vario; el Dios universal, vencedor de todo lo que es particular; el Dios Eterno sin principio ni fin, vencedor de todo lo que nace y pasa: ese Dios es la demagogia, la anunciada por los últimos profetas, el único sol del futuro firmamento; la que ha de venir traída por la tempestad, coronada de rayos y servida por los huracanes. Ese es el verdadero todo, Dios verdadero, armado con un solo atributo, la omnipotencia, y vencedor de las tres grandes debilidades del Dios católico, la bondad, el amor y la misericordia. ¿Quién no reconocerá en ese Dios á Luzbel, Dios del orgullo?

Cuando se consideran atentamente estas abominables doctrinas, es imposible no echar de ver en ellas el signo misterioso pero visible que los errores han de llevar en los tiempos apocalípticos. Si un pavor religioso no me impidiera poner los ojos en esos tiempos formidables, no me sería difícil apoyar en poderosas razones de analogía la opinión de que el gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de satánica grandeza, que será el hombre de pecado.

Después de haber considerado en general los principales

errores de estos tiempos, y después de haber demostrado cumplidamente que todos ellos tienen su origen en algún error religioso, me parece, no sólo conveniente, sino también necesario, descender á algunas aplicaciones que han de poner más en claro todavía esa dependencia en que están de los errores religiosos todos los errores políticos y sociales. Así, por ejemplo, me parece una cosa puesta fuera de toda duda que todo lo que afecta al gobierno de Dios sobre el hombre afecta en el mismo grado y del mismo modo á los Gobiernos instituidos en las sociedades civiles. El primer error religioso, en estos últimos tiempos, fué el principio de la independencia y de la soberanía de la razón humana: á este error en el orden religioso corresponde en el político el que consiste en afirmar la soberanía de la inteligencia: por eso la soberanía de la inteligencia ha sido el fundamento universal del derecho público en las sociedades combatidas por las primeras revoluciones. En él tienen su origen las monarquías parlamentarias, con su censo electoral, su división de poderes, su imprenta libre y su tribuna inviolable.

El segundo error es relativo á la voluntad, y consiste, por lo que hace al orden religioso, en afirmar que la voluntad, recta de suyo, no necesita, para inclinarse al bien, del llamamiento ni del impulso de la gracia: á este error en el orden religioso corresponde en el político el que consiste en afirmar que no habiendo voluntad que no sea recta, no debe haber ninguna que sea dirigida, y que no sea directora. En este principio se funda el sufragio universal, y en él tiene su origen el sistema republicano.

El tercer error se refiere á los apetitos, y consiste en afirmar, por lo que hace al orden religioso, que supuesta la immaculada concepción del hombre, sus apetitos son excelentes: á este error en el orden religioso corresponde en el político el que consiste en afirmar que los gobiernos todos deben ordenarse á un solo fin: á la satisfacción de todas las concupiscencias: en este principio están fundados todos los sistemas so-

cialistas y demagógicos, que pugnan hoy por la dominación, y que, siguiendo las cosas su curso natural por la pendiente que llevan, la alcanzarían más adelante.

De esta manera, la perturbadora herejía que consiste, por un lado, en negar el pecado original, y por otro en negar que el hombre está necesitado de una dirección divina, conduce, primero á la afirmación de la soberanía de la inteligencia, y luego á la afirmación de la soberanía de la voluntad, y por último á la afirmación de la soberanía de las pasiones; es decir, á tres soberanías perturbadoras.

No hay como saber lo que se afirma ó se niega de Dios en las regiones religiosas, para saber lo que se afirma ó se niega del Gobierno en las regiones políticas: cuando en las primeras prevalece un vago deísmo, se afirma de Dios que reina sobre todo lo criado, y se niega que lo gobierne. En estos casos prevalece en las regiones políticas la máxima parlamentaria de que *el rey reina y no gobierna*.

Cuando se niega la existencia de Dios, se niega todo del Gobierno, hasta la existencia. En estas épocas de maldición surgen y se propagan con espantable rapidez las ideas anárquicas de las escuelas socialistas.

Por último, cuando la idea de la divinidad y la de la creación se confunden hasta el punto de afirmar que las cosas criadas son Dios, y que Dios es la universalidad de las cosas criadas, entonces el Comunismo prevalece en las regiones políticas, como el panteísmo en las religiosas; y Dios, cansado de sufrir, entrega al hombre á la merced de abyectos y abominables tiranos.

Volviendo ahora los ojos hacia la Iglesia, me será fácil demostrar que ha sido objeto de los mismos errores; los cuales conservan siempre su identidad indestructible, ora se apliquen á Dios, ora conturben su Iglesia, ora trastornen las sociedades civiles.

La Iglesia puede ser considerada de dos maneras diferentes: en sí misma, como una sociedad independiente y perfecta,

que tiene en sí cuanto necesita para obrar con desembarazo y para moverse con anchura; y en su relación con las sociedades civiles y con los Gobiernos de la tierra.

Considerada desde el punto de vista de su organismo interior, la Iglesia se ha visto en la necesidad de resistir la grande avenida de perniciosísimos errores; siendo digno de advertirse que entre ellos los más perniciosos son los que se dirigen contra lo que su unidad tiene de maravillosa y perfecta; es decir, contra el Pontificado, piedra fundamental del prodigioso edificio. En el número de estos errores está aquel en virtud del cual se niega al Vicario de Jesucristo en la tierra la sucesión única é indivisa del poder apostólico en lo que tuvo de universal, suponiendo que los Obispos han sido sus coherederos. Este error, si pudiera prevalecer, introduciría la confusión y el desconcierto en la Iglesia del Señor, convirtiéndola, por la multiplicación del Pontificado, que es la autoridad esencial, la autoridad indivisible, la autoridad incomunicable, en una aristocracia turbulentísima. Dejándole el honor de una vana Presidencia y quitándole la jurisdicción real y el gobierno efectivo, el Sumo Pontífice, bajo el imperio de este error, queda relegado inútilmente en el Vaticano, como Dios, bajo el imperio del error deísta, queda relegado inútilmente en el cielo, y como el Rey, bajo el imperio del error parlamentario, queda relegado inútilmente en su trono.

Los que mal avenidos con el imperio de la razón, de suyo aristocrática, le prefieren al de la voluntad, democrática de suyo, van á caer en el Presbiterianismo, que es la República en la Iglesia; como caen en el sufragio universal, que es la República en las sociedades civiles.

Los que, enamorados de la libertad individual, la exageran hasta el punto de proclamar su omnímota soberanía y la destrucción de todas las instituciones reprimientes, van á caer, por lo que hace al orden civil, en la sociedad contractual de Proudhon, y por lo que hace al religioso, á la inspiración, individual proclamada como un dogma por algunos fanáticos